

El tejido social anónimo: exclusión, diferencia e integración

Juan Antonio Madrazo
Activista político
La Habana, Cuba

Al inicio del tercer milenio el racismo continúa siendo una patología social aberrante y brutal, condenada por el Derecho Internacional y casi todos los ordenamientos jurídicos contemporáneos como delito.

En Cuba las construcciones raciales y sus efectos desempeñan papeles sociales muy importantes e impactan en la vida de las personas durante largos periodos. Además, conservan hasta el día de hoy más peso de lo que parece.

La cuestión racial ha sido históricamente el núcleo duro en el contexto de la cultura cubana. La discriminación y los prejuicios continúan siendo un peligroso combustible, que oscurece la integración nacional, genera sentimientos de inseguridad, atenta contra la calidad de vida y la ética ciudadana.

La identidad cubana contemporánea es multirracial, multicultural, multireligiosa y pluri-étnica, la cual se asienta en el proceso de la transculturación que enriqueció el caudaloso mosaico etnolingüístico y amplió el horizonte cultural.

La esclavitud significó para la sociedad civil cubana la más cruel operación colonial y la mayor sangría demográfica. Como institu-

ción se sustentó ideológicamente en códigos racistas y humillantes, que rebajaban la condición humana del negro africano, importado de forma violenta.

En la sociedad cubana se siente aún el flagelo de la dolorosa historia de la esclavitud, que combina los sonidos de la contradanza y del latigazo para dejar la filosofía del racismo como secuela. La exclusión es una violencia desgarradora que agita, como algas sombrías, prejuicios e intolerancia, desigualdad, traumas psicológicos y neurosis colectivas en flagrante atentado contra la dignidad humana y la seguridad económica, contra la libertad y el progreso.

El racismo en Cuba es una patología que tiene personalidad propia, carta de ciudadanía, y es fuente de múltiples sombras. Es un sentimiento cómodamente instalado en la psicología tropical, como parte de la disfuncionalidad cultural de la nación, por lo que sigue siendo un elemento doloroso y preocupante.

La sociedad en su conjunto no se encuentra inmunizada contra esta pandemia, a pesar de los instrumentos jurídicos claramente enfilados contra las manifestaciones racistas. Esta situación conflictiva tiene un alto grado



de peligrosidad, pues manifestaciones ideológicas neoracistas operan orgánicamente en las relaciones sociales de exclusión, invisibilización y estigmatización de la otredad.

El más universal de los cubanos, José Martí, aun ilumina y nos acompaña: “Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro”. Para Martí la filosofía del racismo era un fenómeno social binario, de efecto doble, que pedía para cada raza libertad y campo de propia expresión, en medio del huracán de ideas encontradas e intereses. En su magisterio Martí tuvo que enfrentarse con los problemas de raza y racismo a través del pensamiento, la acción y la palabra.

El negro y el mestizo, como grupo poblacional, ha sido el eslabón más débil de la pirámide social. Sus sueños y aspiraciones han sido confiscados. En gran parte habitan el dolor, la rabia y la impotencia; sin embargo, este grupo impuso su presencia, pese a la discriminación, la segregación y la represión.

Durante la guerra necesaria independentista, blancos, negros y mestizos empeñaron sus vidas en la redención de la patria, unificaron sus bríos por sacudirse el yugo colonial. Se ha pretendido oscurecer los esfuerzos sostenidos por los esclavos para

conquistar su libertad, pero los cimarrones son los abuelos de la patria: nos inculcaron el amor por la independencia y el culto a la libertad, la autoestima y la dignidad humana.

El enfrentamiento a la temática racial se inscribió en la transformación de la sociedad cubana iniciada en 1959, que provocó cambios en las manifestaciones públicas de las ideas y prácticas discriminatorias. Las transformaciones jurídicas y estructurales no lograron, sin embargo, borrar estos prejuicios de la conciencia social.

La revolución triunfante abolió los espacios de asociacionismo afrodescendiente, que podían servir como base y fundamento al proceso de desarrollo e integración definitiva. Al inicio hubo un incipiente debate, pero cuando la revolución comenzó a deslizarse por la ruta del totalitarismo el tema se convirtió en trinchera abandonada, postergada, silenciada, y no era un caso primario en la agenda política.

Aquellas personas que señalaban como grito de rebeldía el problema racial desde el contexto político e intelectual fueron reprimidas ideológicamente, condenadas al ostracismo y a la muerte civil. Fueron señalados

como contrarrevolucionarios por atentar contra la unidad nacional, lo cual contribuyó a que desapareciera la inquietud del debate público. El silencio prolongado favoreció y contribuyó a su reproducción.

Con la crisis de los noventa, tras las ruinas del muro de Berlín, las desigualdades comenzaron a hacerse más visibles; otras se reproducen y generan, en condiciones de crisis y reformas económicas, florecimientos de ideologías neoracistas que dañan a los grupos poblacionales históricamente discriminados y en desventaja social. Estas formas de racismo sociológico generan potencial de desigualdades en condiciones de apertura de espacios competitivos, de revalorización simbólica y real de ciertos sectores económicos.

La ausencia del debate público sobre esta erosión continúa minada por los prejuicios y la intolerancia. Es un camino sembrado de navajas, que queda como una letra vacía en el discurso dominante: una asignatura pendiente y una debilidad en el sistema.

La revolución educacional no ha demantelado aún los espejos y la hegemonía de filiación racial. Los siguientes ambientes de apoyo fortalecen la ancestral intolerancia.

En Cuba sobreviven elementos sicosociales de la discriminación, ideológicamente enmascarados, porque hay falta de voluntad política e indiferencia en el discurso oficial. A lo largo de casi medio siglo se ha desarrollado una conspiración del silencio: el discurso de naturaleza étnica ha sido pasto de la censura, silenciado, reprimido y aun produce alergia en el proceso ideológico y político. Esta enfermedad social fue cuestionada en el VII congreso de la Unión Nacional de Escritores y Artista de Cuba (UNEAC), pero hay resistencia a negociar un espacio de diálogo que contribuya a volver transparente al público esta pandemia que continúa lesionando el tejido espiritual de la nación. Es

una problemática sin interés primario en la agenda de discusión de las llamadas organizaciones políticas de vanguardia.

Precisamente desde la “vanguardia política” se estimuló un ataque frontal contra las manifestaciones religiosas de origen africano. Y con las tímidas reformas económicas de los noventa se abrieron espacios de diferencias raciales. Alrededor del empleo se creó una especial frontera asentada en el color de la piel, particularmente en la economía emergente: la industria del turismo, la corporación mixta, las sociedades mercantiles cubanas, las cadenas de tiendas de recaudación de divisas...

El proceso de movimiento laboral impulsó barreras. Se retrocedió en la mentalidad de grupos corporativos y se empleó el criterio de idoneidad como mecanismo de exclusión por causa de filiación racial. Negros y mestizos están subrepresentados en la estructura emergente de la economía nacional, en las posiciones de dirección del primer nivel, en la cúpula de empresarial. Muchos realizan funciones que no se corresponden con el nivel profesional alcanzado.

El racismo no está tipificado como política institucional, pero hay organismos de la Administración Central del Estado y personalidades que, haciendo uso del poder, aplican la teoría del blanqueamiento como mecanismo de exclusión. Entre los ejemplos más significativos están los ministerios de Relaciones Exteriores (Minrex), Cultura (Mincult), Inversión Extranjera y Colaboración Económica (Minvec), así como los institutos de Aeronáutica y Aviación Civil (IACC), de Radio y Televisión (ICRT) y hasta la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

La diversidad íntima de Cuba se omite en los medios de comunicación audiovisual, que colaboran activamente con la sustenta-

ción de prejuicios y estereotipos. La identidad racial de negros y mestizos, junto a otras identidades, son casillas del tablero social invisibles en el mapa audiovisual, una zona minada donde la pluralidad de perfiles sociales está ausente y el racismo lingüístico y estético tiene acceso libre.

El mapa audiovisual propone modelos de relaciones sociales en que negros y mestizos se convierten en masa anónima. No se le asignan papeles protagónicos y su presencia se reserva para significar desventaja social y sometimiento a una etapa histórica anterior, a pesar de ser identidades que forman parte del alma visible de Cuba.

Funcionarios y agentes del orden interior estimulan, como mecanismo de control social, políticas selectivas de hostigamiento a jóvenes negros y mestizos dentro de los principales radios de acción urbanos.

Hay diferencias socioeconómicas entre los barrios. En el contexto de la comunidad urbana la población negra y mestiza se concentra en los barrios populares más dañados y altamente afectados por la indiscriminada densidad poblacional. También habitan en asentamientos urbanos insalubres, asociados a la carencia de viviendas y al incremento de las migraciones de zonas deprimidas del interior a los principales centros urbanos, bajo riesgo que se deslicen por la ruta de la marginalidad.

Como si fueran olvidos programados sobre los crueles impactos sociales de la esclavitud, las culturas negras que vinieron de África se recogen en su mayoría por las bibliografías editadas en Cuba acerca de religión y folclore, casi nunca como filosofía y pensamiento. A través de los aparatos ideológicos y culturales hay un constante e indiscriminado uso del discurso del mestizaje, mecanismo de doble filo que permite ser manipu-

lado como relato de integración armónica. Esta red discursiva es una máscara que silencia la indiferencia y el rechazo al otro.

El elemento racial negro está marginado colectivamente en las grandes narrativas históricas y gráficas, con tratamiento superficial y dogmático de los aportes culturales. Esta bochornosa situación impone a la sociedad cubana los siguientes retos:

- Desmantelar el efecto corrosivo del mapa audiovisual y permitir mayor protagonismo y visibilidad de las identidades étnicas, así como pluralidad de perfiles sociales que devuelvan la autoestima y dignidad;
- Reconocer la capacidad intelectual, sacudir la indiferencia a través de los espacios mediáticos y culturales, así como reconocer la igualdad de condiciones del pluralismo cultural; y,
- Superar las plagas endémicas de la marginalidad, mediante programas de prevención, así como diseñar políticas de acción afirmativa para la negociación e integración de la pluralidad social.

Para los ciudadanos de la nueva república en transición se espera que la pluralidad social habite en la mansión espiritual de la nación y tenga como divisa el aliento martiano: “la dignidad plena del hombre”.

Se hace necesaria la claridad en el tratamiento del problema, porque la indiferencia impide el debate. Se impone el grito de rebeldía que clausure las imposiciones autoritarias. Postergar esta realidad no contribuye al saneamiento social de un trauma histórico. Para combatir el racismo hay que mirarlo de frente, considerarlo como la perversión que es y tomar las decisiones éticas y políticas correspondientes para conquistar por fin la República Martiana “con todos y para el bien de todos”.